

cial de acallar la oposicion de estos, pero bastante se habia ganado con haber logrado deslumbrar al landgrave de Hesse-Darmstadt con aquella ficticia condescendencia del emperador, el cual no dejó de demostrarle su agradecimiento fallando cierto pleito en su favor. Desde hacia muchos años pendia de resolucion en el Consejo áulico del Imperio un litigio entre el landgrave Luis y su primo Mauricio de Kassel sobre la herencia del landgrave Luis de Hesse-Marburg, fallecido en 1601. Este en su testamento habia distribuido sus territorios entre las líneas de Kassel y de Darmstadt, adjudicándoles Marburg á Hesse-Kassel, pero imponiendo á ambos herederos la condicion de que respetaran en sus territorios la religion luterana. Mauricio de Hesse-Kassel, en vez de cumplir esta condicion, habia introducido el calvinismo en la porcion que le correspondiera, y á consecuencia de esto el landgrave Luis de Darmstadt habia reclamado para sí toda la herencia, llevando el asunto ante el Consejo áulico del Imperio. Fernando aprovechó gustoso aquella coyuntura que se le presentaba para darle una prueba de su amistad y para castigar al propio tiempo á Mauricio por el apoyo que secretamente habia prestado á Cristian de Brunswick, y no solo adjudicó al landgrave Luis toda la herencia, sino que además condenó al landgrave Mauricio á abonar á aquel todos los rendimientos que de su parte de herencia habia percibido desde el dia en que, faltando á lo dispuesto en el testamento de Luis de Marburgo, implantó en sus nuevos dominios el calvinismo en detrimento de la confesion de Augsburgo. De esta suerte se falló de una manera bastante desventajosa para el landgrave Mauricio el pleito que sobre la sucesion de Marburg sostenian hacia muchos años las dos ramas de la casa de Hesse, y aunque era de suponer que los dos primos seguirian contendiendo por esta cuestion, dando quizás con ello motivo á nuevas intervenciones del emperador, por de pronto el landgrave Luis quedaba recompensado por su conducta en la dieta de Ratisbona y encadenado para lo sucesivo á la causa del emperador.

Fernando y Maximiliano debian realmente estar mas que agradecidos al landgrave; sin su aquiescencia y enfrente de la enérgica resistencia de los protestantes, apenas hubieran podido atreverse á llevar á cabo la concesion de la dignidad electoral, al paso que entonces siempre podian decir que hasta un príncipe protestante la habia aprobado.

El mundo católico saludó con gran júbilo tan satisfactorio resultado, y el papa Gregorio XV sobre todo, á quien correspondia una parte principal en aquel éxito, no se recató en hacer pública su satisfaccion. Apenas estuvo en posesion del electorado, se apresuró Maximiliano á dar conocimiento al romano Pontífice en una carta que rebosaba testimonios de gratitud: «Vuestra Santidad — le escribia — no solo ha ayudado al buen éxito del asunto, sino que con sus excitaciones, con su respetabilidad y con sus celosos esfuerzos ha sido el que verdaderamente nos ha proporcionado la victoria. Todo, absolutamente todo se debe al favor y al cuidado de Vuestra Santidad.» A esta carta contestó Gregorio XV con frases no menos apasionadas: «Tu carta, hijo mio, ha inundado nuestro pecho de gozo, como si en él entrara una lluvia de maná celestial: por fin la hija de Sion puede sacudir de su cabeza la ceniza del luto y cubrir su cuerpo con las vestiduras de fiesta.»

En realidad era aquel el mayor triunfo que desde hacia muchos años habia obtenido el catolicismo en el Imperio. Pero el asunto tenia otro aspecto sobre el cual llamó la atencion con insistencia hasta el último momento el embajador español, de quien no puede decirse que no fuera ardiente católico y repetidas veces habia dicho que solo á fuerza de nuevas y difíciles luchas podria sostenerse esa victoria. Pron-

to habia de verse de parte de quién estaba la razon: si de aquellos que sin reserva celebraban el triunfo del catolicismo, ó de los que sentian inquietudes por las consecuencias del mismo.

SEGUNDO PERIODO

GUERRA DE LA BAJA ALEMANIA Y DINAMARCA
PRIMER GENERALATO DE WALLENSTEIN (1623-1630)

CAMBIOS OCURRIDOS EN LA SITUACION GENERAL
DEL MUNDO EN LOS AÑOS 1623 Á 1625

La cesion del Palatinado electoral á Maximiliano de Baviera fué, en el fondo, un triunfo para este mas bien que para el emperador, quien no sin grandes trabajos pudo dar aquel paso contra la resistencia de los príncipes protestantes. En realidad Fernando no habia sido el impulsor, sino el impulsado, puesto que habia cedido á las instigaciones del duque bávaro antes que á su impulso propio, y estaba tan convencido como el mismo gobierno español de que con aquella medida extrema aumentarían las fuerzas de los protestantes. Así fué en efecto y bien lo demostraron las noticias que se recibieron en Ratisbona durante la asamblea de las diputaciones. El peligro que sobre sí atraía el emperador con su resolucion se hizo patente no solo en la tenaz resistencia que á esta opusieron los electorados de Sajonia y de Brandeburgo, sino en el hecho de que los holandeses, atormentados por el amenazador incremento que tomaba la familia de los Habsburgos, facilitaran al conde de Mansfeld sumas de dinero con que hacer nuevos aprestos militares. Mansfeld, previo el consentimiento de aquellos, se habia dirigido á la Frisia oriental y hecho considerables reclutamientos aparentemente destinados á los Estados generales, pero que en realidad, y de ello nadie dudaba, debian servir para reanudar la lucha en favor del conde palatino arrojado de los territorios que de derecho le pertenecian. Súpose al mismo tiempo en Ratisbona que entre los príncipes protestantes de la Baja Alemania reinaban grandes temores de una reaccion religiosa mas enérgica todavía, y que iba prevaleciendo entre ellos la opinion favorable á una intervencion activa en la lucha contra esas tendencias catolizadoras. El primero que sostuvo públicamente esta idea y que procedió en seguida al reclutamiento de tropas fué el duque Guillermo de Weimar. Entonces se agitó y puso en movimiento todo el círculo de la Baja Sajonia, y aunque esta no se sentia dispuesta á empeñarse todavía en una lucha abierta con el emperador, pensó por vez primera seriamente en armarse para lo que pudiera suceder, pretextando por de pronto que así podria mejor conservar su neutralidad inquebrantable entre las potencias beligerantes. En este sentido, una dieta del círculo bajo-sajon que se reunió en Brunswick al mismo tiempo que la asamblea de diputaciones en Ratisbona, es decir en febrero de 1623, resolvió tomar á su servicio al duque Guillermo de Weimar con las tropas hasta entonces por él reclutadas y alistar, además, 7.000 infantes y 3.000 jinetes que pusieran aquel territorio á cubierto de toda violencia y saqueo. El duque Jorge de Luneburg fué nombrado presidente del círculo. Los bajo-sajones trataron de justificar ante el emperador su conducta diciéndole que la proximidad de Cristian de Brunswick y de Tilly que se acercaba para combatir al primero entrañaba no pocos peligros para su territorio; y Fernando, que no podia impedir tales armamentos, hi-

zo como que creía en aquella neutralidad y autorizó expresamente las levas, probablemente con la esperanza de que los Estados del círculo impedirían con esas tropas que Mansfeld y Cristian penetraran en sus dominios. Efectivamente los Estados bajo-sajones intimaron al primero á que retirara sus tropas del territorio del círculo, con lo cual pudo parecer durante algun tiempo que el emperador se veía libre del peligro que le amenazaba, tanto mas cuanto que Cristian de Halberstadt queria, al parecer, separarse de la causa del

conde palatino. Cristian se habia disgustado con Mansfeld renunciando por de pronto al cargo de teniente general del mismo, y en una entrevista que celebró con su hermano Federico Ulrico en Kalenberg (24 de febrero de 1623) habia manifestado su propósito de salirse de la alianza «con el rey Federico» y Mansfeld y entregar al servicio del círculo bajo-sajon, á cuyo presidente ofreció leal asistencia. Pero cuando, por consecuencia de sus declaraciones, obtuvo permiso del círculo para entrar en su territorio, lo primero que hizo con



FELIPE III, REY DE ESPAÑA.

Grabado de D. Diego Velázquez, del tamaño del natural, en el Palacio de Madrid, deligido y grabado por D. Francisco Goya, entre los años de 1778.

El rey Felipe III de España

Facsimile reducido del grabado de D. Francisco José de Goya y Lucientes (1746-1828); cuadro original de Velázquez (1599-1660)

gran espanto de su hermano y de los bajo-sajones fué reforzar sus tropas con nuevos reclutamientos y penetrar en la diócesis de Hildesheim, situándose de este modo en el centro del círculo de la Baja Sajonia.

De gran importancia hubiera sido para el proscrito elector del Palatinado que entonces el círculo bajo-sajon se hubiese resuelto á unirse con Cristian de Halberstadt y á ponerse francamente al lado del palatino, lo cual habria sucedido quizás si el elector de Sajonia, que tan enérgicamente se habia opuesto al emperador en Ratisbona, hubiese mantenido su actitud firme en aquellos momentos. El elector de Brandeburgo, que se mostraba muy compadecido de la suerte del desdichado rey de Bohemia, hizo todos los esfuerzos imaginables para inducir al elector de Sajonia á que combatiera abiertamente contra el emperador; pero en una entrevista que celebraron los dos en Annaberg (21 de marzo de 1623), Juan Jorge rechazó la proposicion que en tal sentido le hizo Jorge Guillermo, pues le inspiraba cierto temor

adoptar un sistema tan extremadamente opuesto á su conducta de los últimos años. A consecuencia de esto, el círculo de la Baja Sajonia guardó por de pronto una actitud expectante y Cristian de Halberstadt y Guillermo de Weimar se vieron reducidos á sus propios recursos. El círculo fué bastante débil para permitir á Tilly, que avanzaba contra Cristian, el paso por su territorio, por lo que no tuvo el de Halberstadt mas remedio que intentar una nueva union con Mansfeld; pero el ejército liguista de Tilly no le dió tiempo para realizarla, sino que el día 6 de agosto de 1623 le alcanzó entre Nienburg y Stadtlohn y le derrotó por completo, poniendo en dispersion su ejército, haciendo prisioneros á los duques Federico y Guillermo de Weimar y obligándole á él á refugiarse en Holanda. No quedaba, pues, en el Norte de Alemania ningun ejército organizado que pudiera hacer frente á los príncipes católico-liguistas. Esto no obstante, Tilly se quedó en la Baja Alemania cometiendo toda suerte de violencias, cobrando en todas partes contribucio-

nes y comenzando desde luego á adoptar medidas que indicaban el propósito de proceder vigorosamente en la obra de restauración católica en los territorios de la Baja Alemania que eran por completo ó en gran parte protestantes. Las inauditas vejaciones por él cometidas, que amenazaban degenerar en un despotismo militar de la peor especie, fueron causa de frecuentes sediciones entre la población de Brunswick y de Hesse-Kassel. El poder alcanzado por el emperador, ó mejor dicho, por la Liga en la Alemania del Norte era tanto mayor cuanto que Fernando, merced á algunas ventajas territoriales que les había concedido, contaba con el apoyo de algunos príncipes protestantes, especialmente con el de Hesse-Darmstadt y el de Brunswick-Luneburg. Cada día se hacía mas evidente el propósito del emperador de violar el *statu quo* de los protestantes alemanes, y así lo demostraba con sus tentativas para restituir á los católicos los bienes que se hallaban en poder de aquellos y con el plan que acariciaba de despojar á Cristian de Brunswick del obispado de Halberstadt y conferirle á su propio hijo Leopoldo Guillermo. Bien claro se vió entonces que la derrota del protestantismo en Bohemia y en el Palatinado significaba la derrota del protestantismo en toda Alemania. En todas partes alzaba el catolicismo la cabeza con mas audacia que nunca: el elector de Maguncia inició con enérgicas medidas la contra-reforma en los territorios comprendidos entre Darmstadt y Heidelberg, los obispos del Sur de Alemania imitaron su ejemplo y la justicia imperial apoyó estos esfuerzos sentenciando en favor de los católicos los litigios pendientes entre estos y los protestantes que tan importante papel habían desempeñado en las complicaciones jurídicas anteriores á la guerra. Parecía que el catolicismo, y con él la dinastía imperial de los Habsburgos, había de alcanzar una opresora preponderancia en Alemania.

Pero este peligro próximo y evidente no amenazaba á Alemania solamente, porque cómo no debía influir en la situación general del mundo aquel triunfo de los Habsburgos? El poderío universal de estos parecía renacer con nuevos alientos comprometiendo gravemente el equilibrio de las potencias europeas. Ya España se había opuesto á la concesión del electorado á Maximiliano, pero una vez resuelta esta cuestión volvió á presentarse la antigua comunidad de intereses entre las dos ramas, española y alemana, de la casa de Habsburgo, las cuales unidas de nuevo llegarían á ser el poder universal preponderante en Europa. España acababa de notificar la cesación del largo armisticio pactado con Holanda, potencia en donde cada día hacía mayores prosélitos el protestantismo y cuya independencia peligraba también ante la preponderancia de los Habsburgos, y como en virtud del tratado entre Fernando y Felipe III la Alsacia había sido cedida á España, y como por otra parte estaba en lo posible que esta obtuviera el Bajo Palatinado, parecía como que en los antiguos territorios fronterizos lo-reneses hubiera de establecerse entre Alemania y Francia una esfera del poder español sin solución de continuidad. Esto además de que, si se conseguía que estas posesiones se enlazaran con las que en Italia tenía la casa de Habsburgo, España acabaría por tener allí, al lado de los dominios de los Habsburgos alemanes, un poderío sumamente peligroso.

En esto precisamente tenía siempre fija su atención la casa de Habsburgo: la llamada cuestión de la Valtelina ofrecía entonces excelente coyuntura para establecer aquella comunicación entre los territorios alemanes é italianos. Había estallado en 1620 una repugnante y sangrienta guerra religiosa entre las tres ligas protestantes de la parte oriental de Suiza limítrofe con el Tirol y algunas comarcas del Sur dependientes de aquel territorio, á saber la Valtelina y los

condados de Bormio y Chiavenna, cuya población permanecía fiel á las antiguas creencias. Varios caudillos católicos desterados de la Valtelina habíanse unido con algunos bandidos milaneses y venecianos para acabar con la dominación de los grisonos en su patria. Enardecidos por las excitaciones de un fanático capuchino, penetraron en la noche de 19 de julio de 1620 en Tirano haciendo terrible matanza de protestantes, hecho odioso que fué imitado en toda la Valtelina. Los valtelineses, temerosos de la venganza que no dejarían de tomar los grisonos, pidieron la ayuda de España, la cual aprovechó gozosa aquella ocasión para apoderarse de aquellos importantísimos pasos de los Alpes. Después de haber los grisonos intentado varias veces, aunque inútilmente, someter de nuevo á los valtelineses y castigarles por aquellos crímenes, el duque de Feria envió desde Milan tropas españolas á la Valtelina, mientras desde el Tirol invadían el valle de Munster algunos liguistas fugitivos protegidos por fuerzas austriacas al mando de Rodulfo de Planta. El archiduque Leopoldo, gobernador del Tirol, concibió el proyecto de conquistar en aquella ocasión el bajo Engadin, y en efecto los españoles se apoderaron no solo de los tan codiciados pasos de los Alpes, sino de todo el territorio de la Valtelina, rechazando á los grisonos y á los protestantes suizos que en auxilio de estos acudieron. La Valtelina quedó por de pronto en poder de los españoles.

¿Cómo se explicaba que Francia, la antigua rival de España, permaneciera con los brazos cruzados ante aquella nueva y violenta extensión del poderío español? Las amistosas relaciones que entre ambas potencias existían durante el gobierno de la reina regente sufrieron el primer golpe rudo con el proceder de España en la Valtelina. En París como en Madrid se sostuvieron reñidas discusiones y aun se concertaron algunos tratados en los cuales se hablaba de someter el asunto á la resolución del Papa, pero el convenio concertado no se cumplió porque, según parece, quedó anulado por un nuevo levantamiento en armas de los liguistas. En cambio los españoles consiguieron por el tratado de Milan (10 de enero de 1622) que los liguistas renunciaban á sus derechos sobre la Valtelina y sobre el condado de Bormio y prometiesen al mismo tiempo permitir á la infantería del rey de España el libre paso por su territorio, con lo cual quedaba establecida la comunicación entre las posesiones italianas y alemanas de la casa de Habsburgo.

Para contrarrestar este tratado, Francia, Venecia y Saboya formaron en 7 de febrero de 1623 una alianza ofensiva y defensiva contra España para reintegrar á los grisonos en su soberanía de la Valtelina. El Papa, á quien en aquellos críticos momentos interesábale en alto grado mantener la unión entre las potencias católicas, intervino en aquel asunto, consiguiendo que no estallara la guerra entre Francia y España; pero el antiguo antagonismo político se había despertado de nuevo y la política francesa, especialmente desde que á los anteriores ministros había sucedido en la dirección de los negocios públicos el hombre de Estado mas grande de aquella época, el cardenal Richelieu, volvía lenta y gradualmente á los puntos de vista y procedimientos de Enrique IV, merced á los cuales Francia había conquistado en Europa y enfrente de España una posición preponderante.

Esto contribuyó también naturalmente á la actitud de Francia con relación á los acontecimientos guerreros de Alemania, así es que la política francesa, que en los años 1619 y 1620 había observado una neutralidad amistosa respecto del emperador, adoptó poco á poco una conducta contraria á este y favorable á la oposición protestante alemana. Richelieu, que por un lado trataba de privar á los hugonotes franceses de la situación especial en que se habían colocado

sometiéndolos al poder real, ayudaba por otro á los protestantes alemanes en la lucha por la existencia que sostenían contra el emperador, lo cual no entrañaba á nuestro modo de ver una contradicción como generalmente se ha afirmado, porque en ambos casos obraba por motivos políticos y no religiosos. En efecto el cardenal, aun cuando era un ca-

tólico celoso y convencido, no combatió á los hugonotes por sus creencias religiosas, antes al contrario sentíase inclinado y en muchos casos se mostró dispuesto á dejarles en completa libertad en sus creencias; lo que descabía destruir era la situación política particular en que se habían colocado y que les convertía en un Estado dentro del Estado cuya



*En tibi, Rex; suprà, cum Pallade doctus Apollo,
In laudes merito, Magne Iacobe, tuas:
Infrà te posita est Pax alma et Copia rerum,
Quam felix populus, Magne Iacobe, tuus!*

El rey Jacobo I de Inglaterra. Facsimile reducido del grabado de Wolfgang Kilian (1581-1662)

existencia no le permitía tolerar su sistema político, pues los principios en que este se basaba eran el poder absoluto de la corona francesa en el interior y el respeto de la misma en el exterior. Del mismo modo que en la lucha contra las facciones, entre las cuales la hugonote figuraba en primer término, se proponía robustecer el poder real en el interior, en la política exterior buscaba el restablecimiento del ascendiente de Francia, volviendo para ello con perfecto convencimiento y con toda intención á la política de Enrique IV hostil á los Habsburgos, no comenzando desde luego una guerra franca, sino fomentando con subsidios pecuniarios y apoyos diplomáticos las fuerzas de la oposición contra el poderío de la casa de Habsburgo así en España como en

Alemania. A este fin no solo trató de reanudar las interrumpidas negociaciones con los protestantes alemanes y ayudó á los holandeses en su renovada lucha contra España, sino que procuró ante todo aliarse con Inglaterra y apartar á esta potencia de su alianza con España que tan contraria era á los intereses vitales de la política inglesa.

Así las cosas, tuvo importancia decisiva el hecho de que fracasara entonces, cuando se creía que estaba en su auge, el proyecto que hacía tiempo perseguía tenazmente el rey Jacobo I de casar al príncipe de Gales con una infanta española, proyecto que había contribuido en mucha parte á la conducta del monarca inglés que se manifestaba por la amistad hacia España y por una actitud pasiva que observaba en

las contiendas de Alemania. Aquel romántico viaje de novio que hizo á España el joven príncipe de Gales, guardando el mas riguroso incógnito y acompañado de su confidente Buckingham, para ir á buscar personalmente á su prometida, no solo no había dado el resultado apetecido, sino que había sido causa del definitivo rompimiento: el joven príncipe en vez de traerse á la novia trajo de su excursión, con gran contentamiento de los ingleses, una resuelta antipatía hacia el gabinete de Madrid, antipatía que inmediatamente influyó en la política de su padre, el cual, rompiendo los lazos de amistad que hacia años le unían á España, comprendió al fin los deberes que tenía que cumplir con su desdichado yerno. El cambio de política de Inglaterra se tradujo en seguida en cuantiosos subsidios que Jacobo envió á Mansfeld y á Cristian de Brunswick, merced á los cuales pudieron estos reclutar nuevas fuerzas; además, adoptada esta actitud, el gobierno inglés se sentía naturalmente mas inclinado á



Thaler de Alberto de Wallenstein. Plata. Tamaño original. (Real Monedero de Berlín.) En el anverso el busto del duque y debajo de él un sol, como distintivo de la población en donde se acuñó, que fué Gatschin. Inscripción: ALBERTVS. D. G. DVX FRIDLANDIAE. En el campo del reverso y coronado por el sombrero ducal un escudo con el águila de Friedlandia que ostenta en el pecho el escudo de armas de Wallenstein. Inscripción: SAC. ROM. IMPERII PRINCEPS. 1627.

buscar en lo sucesivo el apoyo de Francia en vez del de España, y en su consecuencia se realizó el matrimonio del príncipe de Gales con Enriqueta de Francia, hermana de Luis XIII. Jacobo se alió además con los holandeses, que siempre se habían mostrado dispuestos á proteger á su yerno, el desterrado conde palatino, para de acuerdo con ellos devolver á este sus territorios hereditarios. Era ante todo preciso reunir las fuerzas necesarias, pues las de Mansfeld y de Cristian de Brunswick, aun juntas con las de Bethlen Gabor, no eran suficientes, y para ello entabláronse negociaciones con Cristian IV de Dinamarca, el cual contestó á las primeras indicaciones que se le hicieron con una negativa. En cambio el joven rey de Suecia, Gustavo Adolfo, cuyos éxitos así dentro como fuera de su reino atrajeron sobre él la atención general, acogió con entusiasmo la idea de tomar parte en una lucha en grande contra la prepotencia de los Habsburgos y de ser el único director de la misma, y trazó un plan vastísimo señalando la manera como debía realizarse en detalle la empresa. Pero la misma magnitud de este proyecto y los cuantiosos sacrificios pecuniarios que para su ejecución eran indispensables dejaron atónita á la corte inglesa, y en su consecuencia, cuando Cristian IV, noticioso de las negociaciones entabladas con Suecia y dispuesto á no consentir por envidia á esta potencia que su rival del Norte fuera el director de aquella lucha, se manifestó pronto á encargarse del mando en jefe en proporciones mas limitadas de las que Gustavo Adolfo exigía, Inglaterra resolvió, precisamente cuando el monarca sueco creía llegar ya al término de las negociaciones, dar la preferencia al rey de Dinamar-

ca, cuyas exigencias pecuniarias eran mas modestas. Cristian IV, tío del infeliz rey de Bohemia, parecía tanto mas dispuesto á llevar á cabo la empresa cuanto que en su calidad de duque de Holstein era también príncipe del Imperio germánico y se había aliado repetidas veces con los Estados de la Baja Sajonia. Inglaterra y Holanda entablaron directamente negociaciones con el monarca dinamarqués, que era un enérgico y constante defensor del protestantismo y que en su patria, en circunstancias bien críticas por cierto, había demostrado ser un hombre de Estado inteligente y un excelente organizador. A la muerte del débil y vacilante Jacobo I, ocurrida en 27 de marzo de 1625, y merced á la eficaz intervención del hijo y heredero de este, Carlos I, aquellas negociaciones adelantaron rápidamente y dieron por resultado el tratado de 9 de diciembre de 1625 entre Inglaterra, Holanda y Dinamarca, en el que se dejaba entrever el propósito de llevar á cabo una gran expedición al continente para combatir al emperador y reintegrar al conde palatino en la posesión de sus territorios hereditarios. Francia no intervino directamente en el tratado, pero por bajo de cuerda entregó subsidios.

Mientras se verificaban estas negociaciones diplomáticas que no eran ningún secreto para los protestantes del Norte de Alemania y bajo la impresión de las mismas, los príncipes del círculo bajo-sajon habíanse al fin resuelto también á proceder enérgicamente. En tanto que el propio suegro del conde palatino había presenciado impasible cómo este era arrojado de sus territorios hereditarios, los príncipes alemanes protestantes, aun reconociendo el peligro que les amenazaba con la reacción católica, no se atrevieron á ponerse en lucha abierta con el emperador y con la Liga; pero á medida que avanzaron las negociaciones entre Inglaterra y Holanda y que se afirmaba en ellos el convencimiento de que el monarca inglés se disponía seriamente á acudir en auxilio de su yerno, mas inclinados se sentían los protestantes de los círculos de la Baja Alemania á intentar una resistencia franca contra la conducta de Fernando.

Aun antes de firmarse el tratado de 9 de diciembre, ya el círculo de la Baja Sajonia, de acuerdo con Holanda é Inglaterra, había comenzado á hacer formales armamentos, por de pronto para defenderse contra nuevas vejaciones del ejército liguista, y una asamblea de varios príncipes bajo-sajones, que sin carácter de verdadera dieta de círculo se reunió en Lanenburg, acordó mas adelante formar un ejército confederado en toda regla y eligió general del mismo y presidente del círculo, en 3 de abril de 1625, al rey de Dinamarca en su calidad de duque de Holstein «por razón de su valor, destreza y talento, que tanta fama le habían conquistado.»

En mayo de 1625, es decir, antes de que se concertara definitivamente el tratado con Inglaterra y Holanda, Cristian penetró en el círculo de la Baja Sajonia al frente de un ejército de 16.000 hombres, de suerte que, contando con las tropas de Mansfeld y de Cristian de Brunswick, reunía fuerzas por lo menos iguales á las liguistas que mandaba Tilly. En vista de esto, Maximiliano de Baviera aconsejó con insistencia que se reclutaran tropas imperiales, ó mejor, que se reforzara el ejército liguista con tropas de auxilio del Imperio, con lo cual puso en gravísimo aprieto al emperador, quien, por un lado, carecía de recursos pecuniarios para armar un ejército propio, y por otro, no quería prestar mayores fuerzas á la Liga, que de hecho era la que por sí dirigía la lucha, pues ya se encontraba casi por completo á merced del ambicioso Maximiliano, jefe de la misma.

Un noble bohemio, el coronel Alberto de Wallenstein, le sacó de este compromiso.

ENCUMBRAMIENTO DE WALLENSTEIN

Hay en la historia universal figuras que, semejantes á la vivificadora luz del sol, iluminan y dan calor á todo un período, y cuyas creaciones parecen ser imperecederas como la

inmensidad de los cielos y dirigir por sendas nuevas la vida de la humanidad. Entre estas figuras admiramos en primer término al Fundador del cristianismo y luego á hombres como Lutero, Newton, Kepler, Carlomagno, Federico el Grande y, en nuestros días, el príncipe de Bismark. Pero al lado de ellas produce la multiforme y variada existencia de



El rey Carlos I de Inglaterra

Facsimile reducido del grabado de Benito Audran (1661-1721). Cuadro original de Adrian van der Werff (1659-1722)

los pueblos otras que á modo de meteoros surgen de repente de la nada, inundan el mundo con sus resplandores sobrenaturales, pero no benéficos, y rápidamente vuelven á sumergirse en la nada de donde salieron. Ejemplo de ello, Atila y Napoleon I.

En el número de estas últimas debe contarse la personalidad de Wallenstein. También este personaje surgió de la oscuridad y de la insignificancia; también él con su brillante aparición y sus notables creaciones fué objeto de gran admiración por un lado y por otro infundió general terror; tam-

bien él, finalmente, cayó de la vertiginosa altura á que se había encumbrado para hundirse en el abismo que insensiblemente se había abierto á sus pies. ¿Fué suya la culpa de esta catástrofe? ¿Peció como el meteoro consumido por el fuego de su propio esplendor? He aquí las cuestiones que á raíz de la inesperada catástrofe conmovieron profundamente á sus contemporáneos y que mas tarde la investigación histórica ha planteado con nuevo empeño y estudiando cuidadosamente todos los testimonios de aquel período, sin que durante mucho tiempo se consiguiera dar una solución de-